

mostrándoles así las ventajas que para ellos tenía la República sobre el Imperio. Esta conducta se recomendaba aún más para Tamaulipas, por ser un Estado en el que podía neutralizarse la acción cacical, dada la índole brava de los habitantes, divididos en las banderías de tres ó más ambiciosos que se disputaban la supremacía. Canales, Cortina y Pavón se hostilizarían mutuamente.

☛ Había un peligro. Juárez era odiado como representante del poder unificador, y la reivindicación orteguista encontraba, por ende, francos partidarios en Tamaulipas. González Ortega se dirigía ya á Méjico y tomaba, como era natural, el camino de Matamoros, puerto que le brindaba con los elementos locales para su campaña. Urgía para Juárez tomar determinaciones enérgicas, y así lo hizo. Mientras en los Estados Unidos se obtenía el desconocimiento de González Ortega y la orden para su aprehensión en territorio norteamericano, como efectivamente se hizo á primeros de noviembre en Brownsville; se emprendieron operaciones militares contra Matamoros, dirigidas primero por Tapia y, después de ocurrido el fallecimiento de este distinguido jefe, víctima del cólera, por el general Escobedo. La intervención del general norteamericano Sedwick, cuyas fuerzas ocuparon la plaza de Matamoros, entorpeció las operaciones de Escobedo y aun estuvo á punto de causar serios conflictos entre ambos países.

☛ Canales se sometió nominalmente para volver á su estado de rebelión apenas dió la vuelta Escobedo, y resultó así completamente inútil la inmovilización de las fuerzas del Gobierno en Matamoros durante dos meses; pero como con la prisión de González Ortega se lograba el objeto principal de la expedición, que era impedir una campaña del presidente de la Corte Suprema, la nueva rebelión de Canales quedó inadvertida y sin consecuencias. En realidad, no había peligro con la vuelta de González Ortega, como se vió poco después. El presidente de la Corte Suprema atravesó la frontera y llegó á Zacatecas sin que se le agregase un solo partidario. Él y Patoni, su fiel compañero, fueron aprehendidos por Auza, gobernador de Zacatecas, y conducidos á Monterrey, en donde permanecieron bajo custodia durante mucho tiempo.

☛ Supuesta la indicación hecha por Napoleón á Maximiliano para que abdicase, los Estados Unidos temían que el mariscal Bazaine se entendiese con algún jefe republicano, dejándole los elementos militares necesarios para constituir un gobierno estable. El candidato de Napoleón era González Ortega, y de allí la fuerza que cobró Juárez ante el Gabinete de Washington, como representante del americanismo puro, tanto más digno de atención y defensa cuanto que resultaba muy barato para los Estados Unidos.

☛ El Gobierno de Washington resolvió, pues, enviar á Méjico una misión diplomática y militar encomendada á Mr. Campbell y al general Sherman para que, al embarcarse Maximiliano, sostuviese á Juárez, impidiendo que el jefe de la expedición se entendiese con algún caudillo mejicano. Sin embargo, Campbell

y Sherman tenían facultades aun para iniciar un arreglo que eliminase al presidente Juárez, si así convenía á los intereses de los Estados Unidos.

☛ Cuando los comisionados llegaron frente á Veracruz, las autoridades del puerto celebraban con repiques la resolución tomada por Maximiliano, en Orizaba, de quedarse y no abdicar. En vista de ese nuevo episodio que se abría en la cuestión mejicana, acordaron retirarse. La obcecación de Maximiliano permitió que la República se restaurase sin la intervención extranjera, como habría sucedido si Sherman y Campbell hubieran encontrado á Bazaine dueño de la situación de Méjico.

☛ El Gobierno de Juárez se había trasladado en junio del año anterior á Chihuahua, y en el mes de enero de 1867 avanzó de Durango á Zacatecas. La concentración republicana se hacía rápidamente. Corona entraba en Guadalajara el 14 de enero, á la vez que Escobedo ocupaba San Luis, de donde Mejía retrocedió á Querétaro.

☛ Miramón abrió la campaña del interior con la impetuosidad y aturdimiento de 1858. Esto entraba en el programa conservador. Ya lo habían dicho los franceses : el partido que rodeaba á Maximiliano se proponía repetir las luchas de la guerra de tres años.

☛ Todo el plan de Miramón se basaba en la torpeza con que procedieran los jefes republicanos. Al frente de cuatrocientos hombres, armados y equipados de prisa por la intendencia del ejército francés, el joven general salió de Méjico á fines de diciembre. En el camino encontró á Gutiérrez, desalojado de Guadalajara, y con esa fuerza avanzó por Guanajuato, en donde se encontraba Licéaga. D. Severo del Castillo debía amagar á San Luis, mientras Miramón se dirigía á Zacatecas, para que Escobedo, dividiendo sus fuerzas con el fin de sostener la plaza ocupada por el Gobierno, dejase desguarnecida la de San Luis, que atacarían las fuerzas de Miramón unidas á las de Castillo y Licéaga.

☛ Con toda felicidad se realizó la primera parte del plan. Zacatecas fué desocupada sin resistencia por el jefe republicano que debía defenderla. El Presidente y sus ministros escaparon á caballo, librándose difícilmente de la persecución que se les hizo por las fuerzas vencedoras. Tenía razón Márquez en decir, como dijo pocos días antes, que se abría una campaña llena de vicisitudes. La victoria de Miramón era estéril, pues Castillo, con una cortina que le puso al frente Escobedo, se vió incapacitado para proseguir su marcha y tuvo al cabo que retroceder. La combinación fallaba en todos sus puntos esenciales, pues Licéaga, en vez de avanzar para unirse á Castillo, tenía que replegarse á Querétaro y abandonar Guanajuato en poder de Antillón y Rincón Gallardo. Miramón salió de Zacatecas para ponerse en contacto con Castillo, procurando evitar el encuentro de las fuerzas liberales que envió Escobedo á cerrarle la marcha. No pudo lograr su propósito, y, atacado en San Francisco de los Adames, intentó retirarse para dar una batalla defensiva. No se lo permitió Escobedo, y fué completa-

mente derrotado por Treviño y Pedro Martínez, dejando dinero, trenes, artillería y muchos prisioneros en poder de los republicanos. Entre los prisioneros había ciento treinta y nueve franceses, de los cuales treinta estaban heridos y los otros ciento nueve fueron fusilados como filibusteros, carácter que se les dió porque el mariscal Bazaine había ordenado que volviesen á sus banderas y se repatriasen con el ejército expedicionario, bajo la pena de ser tratados como desertores y retirárseles los beneficios de la nacionalidad. Con todo, esa carnicería fué universalmente desaprobada, comenzando la execración del hecho en el mismo campo de los vencedores y por el mismo jefe encargado de ejecutarla.

☛ Los fusilamientos de los prisioneros de San Jacinto hicieron un daño moral incalculable á la causa republicana. En los Estados Unidos, la noticia se comentó con dureza. THE TIMES publicó un artículo sobre LOS SALVAJES DE MÉJICO, comentando la orden dada por Escobedo para las ejecuciones. D. Matías Romero decía que la orden no debió haberse publicado. El mal no estaba en la orden, sino en los hechos. Con orden ó sin ella, seguiría llamándose MONSTRUO SANGUINARIO al autor de un hecho calificado como una COBARDE CARNICERÍA.

☛ El error era tanto más lamentable cuanto que el Gobierno se había distinguido por su generosidad con los vencidos. Sus instrucciones á los jefes habían sido uniformes en el sentido del tratamiento humano á los prisioneros. El general Díaz había canjeado los que hizo en Oajaca; Escobedo envió sanos y salvos los de Santa Isabel. Unos y otros daban testimonio del empeño con que procuraba el Gobierno desmentir las calumnias que lo presentaban como inhumano. ¿Por qué se quiso adoptar otra conducta cuando el contingente extranjero no se amparaba en el pabellón francés? Por más que se dijera, no podían ser enemigos de la humanidad los extranjeros que por engaño ó aun por ambición permaneciesen al servicio de un Gobierno comprometido en una guerra civil. Por lo demás, como medio de terror estas ejecuciones eran inútiles, y sólo podrían interpretarse llamándolas represalias.

☛ El general Escobedo expidió su orden el 3 de febrero. La víspera había estado en Zacatecas conferenciando con el Gobierno. No obró, pues, bajo la influencia de una embriaguez de sangre como la de Miramón y Márquez en Tacubaya el 11 de abril de 1859. Escobedo no era pasional. Se trataba de una resolución meditada, en la que entró sin duda mucho del espíritu seco, sistemáticamente duro del secretario de Guerra, D. Ignacio Mejía, soldado correcto sin historia militar de gran relieve, pero admirablemente apto para disciplinar y castigar por todos los medios con que un jefe de armas cuenta para imponerse.

☛ A pesar de todo lo que se alegó en favor de las ejecuciones, no volvieron á ser tratados como enemigos de la humanidad los extranjeros que cayeron en poder de los jefes republicanos. El principio teórico de la orden de 3 de febrero quedó suprimido en las prácticas de la guerra. Con todo, el hecho consumado no pudo destruirse y se presentó frecuentemente como causa de amenazas ó reproches.

☪ Miramón se incorporó á Castillo en Ojuelos, y ambos emprendieron la marcha retrógrada á Querétaro. Escobedo debía darse prisa para derrotarlos antes de que llegasen á esta ciudad, que, no teniendo manera de resistir, caería en sus manos. Maximiliano debía resolverse á quedar sitiado en Méjico antes de que terminase el mes de febrero, ó alcanzar á Bazaine para embarcarse. La indisciplina del jefe republicano D. Anacleto Herrera y Cairo, encargado de hostilizar á Castillo, dispuso las cosas de otro modo. Desobedeciendo las órdenes de Escobedo, atacó á Castillo en la Quemada el día 4, sin entender una sola palabra de la ventajosa situación militar ocupada por el enemigo. Herrera y Cairo murió en la acción y sus fuerzas quedaron completamente derrotadas. Querétaro se había salvado, y el Imperio pudo concentrar en esta plaza fuerzas bastantes, no sólo para resistir el ataque dado por Carvajal, sino para ponerse en aptitud de marchar contra los republicanos y aniquilar en dos acciones las dos grandes masas que habían podido formar en el norte y en el occidente, prolongando con estas derrotas la guerra civil por un tiempo indefinido.

من من من

☪ La noticia de la toma de Zacatecas produjo en Maximiliano uno de sus frecuentes impulsos á la acción. Creyó que ya tocaba con las manos el fin de la contienda, y ordenó á Miramón que hiciera JUZGAR Y CONDENAR á Juárez y á sus ministros Lerdo é Iglesias, de acuerdo con la ley del 4 de noviembre último, transición mitigada de la del 3 de octubre de 1865, á que había llegado por los remordimientos de Zoquiapam. La orden para encausar y condenar á Juárez cayó en poder de los republicanos y llegó á conocimiento del Presidente.

☪ No bien había acabado el archiduque de escribir á SU QUERIDO GENERAL MIRAMÓN dándole esas instrucciones, supo la noticia de San Jacinto. Tenía á mano la pluma, y, sin reflexión, escribió para comunicar á D. Teodosio Lares que si el día 6 todo estaba color de esperanza, el 9 todo estaba negro. «Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla más, y donde quiera que se intenta consolidar el Imperio, corren torrentes de sangre sin obtener la menor ventaja. Se esperaba que una vez emancipado el Imperio de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable... Desgraciadamente ha sucedido lo contrario, y si los hechos para siempre lamentables de San Jacinto y del Monte de las Cruces no sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio.» Y seguía, seguía, quejándose, acusando, como siempre injusto, ligero, desleal, golpeando á los que le servían bien por el crimen de no hacer las cosas á gusto del amo. Contaba con tres generales; pero más valía estar solo. Mejía, fingiéndose enfermo, desertaba; Miramón, se dejaba derrotar sin combatir; Márquez, después de hacerse odioso por sus exacciones, había ordenado una expedición mal calculada. Y lo peor no era esto: lo peor era que el Imperio no contaba con dinero, aun procurándolo por los medios más vejatorios. Todavía más: el Imperio estaba irremediable-

mente condenado por la opinión. Aun faltaba un toque: las fuerzas republicanas demostraban cada día más que eran un ejército bien organizado, moralizado, sostenido por la habilidad de sus jefes y lleno de orgullo por la idea grandiosa de seguir la causa de la independencia nacional. El final de todas estas declaraciones tenía que ser la abdicación inmediata y la aceptación de los ofrecimientos que en vista del desastre de San Jacinto le haría el mariscal. Los hizo, en efecto, pues telegrafiaba de Acultzingo: «Todavía puedo tender la mano á S. M. para que se retire. Dentro de algunos días esto será imposible.»

☪ Lejos de adoptar la conducta lógica, Maximiliano terminaba como siempre diciendo: «No sé qué hacer. Haré lo que se me diga.» Tan desesperada veía la situación, que ya no le ilusionaba ni la idea del Congreso: «El momento de emplear este medio ha pasado; debemos, pues, renunciar á él para siempre. Yo he contraído el compromiso solemne de no prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia ante Dios y ante la historia, me imponen que no difiera por un momento la resolución que haga cesar inmediatamente tantos males. Escriba usted, señor Lares, mi abdicación, parecía concluir, poniendo como exposición de motivos lo que llevo dicho.»

☪ Lares y Fischer sabían lo que esto podía significar. El enfermo pedía bromuro para calmarse. Si quería abdicar, ¿por qué no lo hacía? No había voluntad; había nervios. Ya pasaría la crisis.

☪ Pasó, en efecto, pero no sin que el enfermo hiciese antes algo más comprometedor que la carta á Lares. Este hecho merece algún detenimiento.

☪ Parece increíble que un escritor como Masseras dé crédito á la novela de la secuestación de Maximiliano, gracias á la cual el príncipe ignoraba casi completamente las medidas tomadas por sus ministros y la situación del país. En la carta citada vemos que, lejos de eso, tenía conocimiento de todo lo que ocurría, y no así como quiera, sino un conocimiento notablemente lúcido. La novela de la secuestación es obra de Maximiliano, quien para traicionar necesitaba todos los artificios del delito. «Un francés, M. Thièle, á quien el Emperador había confiado secretamente cierta misión, para darle cuenta de ella tuvo que deslizarse por escaleras y corredores á favor de las sombras de la noche y empleando mil precauciones. Encontró el edificio apenas iluminado, en lóbrego silencio y en una soledad que no impedía sentir la presencia de una vigilancia oculta.» Thièle, compadecido de aquel pobre príncipe cautivo, tomaba en serio su papel de salvador, cuando oyó de labios del Emperador estas palabras: «No es posible tener confianza en esta gente; todo se me oculta; hasta se viola mi correspondencia.»

☪ No sabemos cuál haya sido la misión secreta de M. Thièle; pero lo que sí sabemos es que en los momentos de escribir la carta á Lares, EL PRÍNCIPE CAUTIVO confiaba un encargo delicadísimo á otro francés. «M. Burnouf se ha presentado en esta población (Acatlán) como enviado de Maximiliano—decía el jefe de la línea de Oriente, general Porfirio Díaz,—con el objeto de ofrecerme el mando de las fuerzas que se encuentran reconcentradas en Puebla y Méjico; ofréceme, además, que Márquez, Lares y compañía quedarán despojados de todo poder y